Benjamín Martín Sánchez
Profesor de Sagrada Escritura y canónigo
de la S.I. Catedral de Zamora

BREVE HISTORIA DEL PUEBLO DE ISRAEL

Desde sus orígenes hasta los últimos tiempos

PROFECIAS CUMPLIDAS

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla

Nihil obstat
El Censor
Antonio Martín Llamas
Lic. en S.S.
Zamora 15 de enero de 1993

Imprimatur
Lic. Agustín Montalvo
Vicario General

ISBN 84-7693-248-0
Depósito Legal: B. 30076-93
Printed in Spain
Impreso en España

PRESENTACION

Israel es un pueblo misterioso del que ya he hablado en otro libro hoy agotado y titulado ISRAEL Y LAS PROFECIAS (el que ha sido ya traducido al inglés, al francés, al italiano y al portugués) y del que el Dr. David G. Maeso, Catedrático de hebreo en la Universidad de Granada dio este juicio: «Su libro ISRAEL Y LAS PROFECIAS me ha impresionado: es un trabajo macizo, bien pensado, de abundantísima documentación bíblica, que ha de ser bien recibido por todos los espíritus generosos y desde luego, excepciones aparte, por los propios hijos de Israel».

De este pueblo, que fue un día elegido por Dios, tan perseguido y humillado y que un día tendrá un fin glorioso, quiero volver a hablar para hacer un breve resumen de su historia, historia que nos interesa recordar a través de las

páginas de la Biblia, y conocer en sus principales detalles por cuanto el mundo está relacionado con su porvenir.

La historia de Israel es la de un pueblo que trae origen de Abraham, de Isaac y de Jacob. Establecido un día en Egipto fue liberado por Moisés y acaudillado por él a través del mar Rojo y del desierto de la península del Sinaí hasta Palestina, la Tierra de Promisión.

Este pueblo, por ser el elegido por Dios, como iremos viendo, Él interviene en todos sus acontecimientos, y por mi parte, espero que este pequeño estudio abra horizontes a los estudiosos de la Biblia, y reconozcan que «los destinos del pueblo de Israel, el más admirable de la tierra, lo mismo que los de la humanidad entera, están en manos del Altísimo, Soberano del mundo».

Mi visión sobre el futuro de Israel y del mundo se apoya en las predicciones de Cristo y de los profetas; ellos son los que nos deben mover a reflexionar sobre los grandes acontecimientos que se anuncian y parecen avecinarse.

BENJAMÍN MARTÍN SÁNCHEZ
Zamora, 1 enero 1993

EL PUEBLO DE ISRAEL
SU ORIGEN

Dios habla a Abraham

Después del diluvio universal, andando los siglos, como se pervirtieran los descendientes de Noé, haciéndose idólatras, Dios en su bondad siguió amando a los hombres y quiso formar un pueblo para sí. A este fin escogió y llamó a Abraham, de entre aquella generación mala, para que fuera padre de este pueblo. Abraham vivía en Ur de Caldea sobre el año 2000 antes de Cristo.

Dios dijo a Abraham: Sal de tu tierra, de tu parentela, de la casa de tu padre, para la tierra que Yo te indicaré; Yo te haré un gran pueblo, te bendeciré y engrandeceré tu nombre... y serán benditas en ti todas las naciones de la Tierra (Gén. 12,1-3).

La vocación de Abraham es muy importante, porque con él empieza la historia de la redención del género humano.

De la futura descendencia de Abraham nacería un día el Mesías, Jesús de Nazaret. Así puede verse en la partida de nacimiento de Jesús, la que tenemos en el capítulo primero de San Mateo. Empieza así: *«Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham. Abraham engendró a Isaac, Isaac a Jacob,* etc., y termina así: *Jacob, el esposo de María de la cual nació Jesús, llamado Cristo».* (Jesucristo, pues, tuvo dos nacimientos: *uno eterno,* «nacido del Padre antes de todos los siglos», y *otro temporal;* nacido en el tiempo de María Virgen. Él, siendo Dios, quiso hacerse hombre y vivir entre los hombres, y en el Evangelio tenemos su vida, sus milagros y sus enseñanzas.)

San Pablo, interpretando el pasaje citado del Génesis, dice: *«En TI, en uno de tus descendientes, que es Cristo, serán benditas todas las naciones de la tierra»* (Gál. 3,16).

Dios hizo una promesa a Abraham y luego a su hijo Isaac y más tarde al hijo de éste, o sea, a Jacob, de darle una descendencia numerosa, y como señal empieza haciendo una alianza con Abraham, cambiándole el nombre de *Abram*

(padre excelso) por *Abraham* (= padre de multitudes)...

Lo más notable en Abraham es su fe, por la que se llamó *«padre de los creyentes»* (Rom. 4,11). Su fe fue, ciertamente, muy grande, pues habiéndole prometido Dios una descendencia como las estrellas del cielo..., ve pasar los años sin tener hijos y su mujer es estéril, y él aún sigue creyendo en la promesa, y a los cien años le da un hijo, Isaac, y cuando éste es mayorcito le dice: *«Vete ahora con él al monte Moriah y lo sacrificas»*. El obedeció, y según iba, se decía: Ya que Dios me ha dicho que mi descendencia será como las estrellas del cielo, *«poderoso es Él para resucitarlo»*..., y al irlo a matar, un ángel detiene su mano, diciéndole: *«¡Abraham, Abraham!... No extiendas tu brazo sobre el niño, ni le hagas nada, porque ahora sé que temes a Dios, porque no has rehusado darme tu único hijo»* (Gén. 22,11-12).

Después de haber hablado Dios a Abraham, habló también a su hijo Isaac renovando la misma promesa... y después a Jacob, a quien Dios le cambió su nombre por el de *Israel,* y por eso los judíos se llaman *israelitas.*

Jacob tuvo doce hijos, que fueron cabezas de las doce tribus de Israel y cuyos nombres son:

Rubén, Simeón, Leví, Judá, Dan, Neftalí, Gad, Aser, Isacar, Zabulón, José y Benjamín. De estos doce, los más pequeños eran José y Benjamín. Al que más quería Jacob era a José, *«porque le había tenido en su vejez, y por eso le hizo una túnica de varios colores»*. Este hecho despertó envidia en sus hermanos y se acentuó por unos sueños que les contó. Uno de estos sueños fue éste: *«Veía que el sol, la luna y once estrellas se postraban ante mi»* (Gén. 37,6-9). Su padre y sus hermanos que lo oyeron, comprendieron en seguida su significado, y dijeron: ¿Es que vas a reinar sobre nosotros y nos vamos a postrar ante ti? A causa de estos sueños se llenaron más de envidia y le odiaron.

Historia de José

Un día dijo Jacob a José: *«Tus hermanos han ido a Siquén a apacentar sus ganados, vete a ver si están bien y vuelve a decírmelo»*. Fue José en busca de sus hermanos, y éstos, al verlo de lejos, concibieron el proyecto de matarlo. *«Se decían unos a otros: ahí viene ese soñador. Vamos a matarle y le arrojaremos en uno de estos pozos*

y diremos: Una bestia feroz lo devoró, y veremos en qué paran estos sueños. Rubén y Judá querían librarle y dijeron: «No le quitemos la vida», «¿qué ganaríamos con matar a nuestro hermano y ocultar su sangre?». Mejor es venderlo. Pasando luego por allí unos ismaelitas se lo vendieron en veinte monedas de plata, y lo llevaron a Egipto (véase su vida en los capítulos 37 y 39 y siguientes del Génesis).

Después de haberlo vendido mataron un cabrito y mancharon con su sangre la túnica de José y se la llevaron a su padre, el cual exclamó al verla: *«Es el vestido de mi hijo, una bestia salvaje lo habrá devorado».* Y Jacob lloró a su hijo José sin cesar.

José fue luego vendido por los ismaelitas a un hombre de la corte, llamado Putifar. Dios estaba con José y todo le salía bien y su amo lo apreciaba; mas sucedió que su mujer lo incitó a pecar con ella, y él exclamó: *«¿Cómo voy a hacer tan gran mal y pecar contra Dios?».* Luego esta mala mujer, como se quedara con el manto de José, al huir éste, terminó diciendo a su marido que José la había seducido y lo metieron en la cárcel; pero como Dios seguía estando con José, fue muy apreciado por el carcelero, y por unos sueños que tuvo el faraón, rey de Egipto,

al darle José su interpretación, lo elevó a la categoría de Virrey de Egipto. Vinieron unos años de abundancia de trigo en los que José almacenó para los años de escasez, que había de suceder en todo Egipto, y en esos años, cuando faltaban víveres en la tierra de Canaán, los israelitas, o sea, los hijos de Jacob se vieron obligados a ir a Egipto a comprar trigo, todos se presentaron a José, a quien ellos no conocían, pero él los conoció en seguida y después de hacerlos pasar por varias pruebas se dio a conocer a ellos, los que quedaron aterrados al oírle decir: *«Yo soy vuestro hermano José a quien vosotros vendisteis para ser traído a Egipto»*. Todos cayeron a sus pies y así se cumplieron los sueños que él tuvo y que un día les contara.

José añadió: *«Pero ahora no os entristezcáis y no os pese el haberme vendido para aquí, porque Dios me envió delante de vosotros para conservar vuestra vida»* (Gén. 45,4-7). José los perdonó, los consoló y les habló con cariño. La providencia de Dios es admirable, pues vemos cómo permitió la venta de José para Egipto y su elevación como virrey para bien de su familia y salvación de Israel.

Los israelitas se establecen en Egipto

José, una vez que se dio a conocer a sus hermanos, y de abrazarles, para mayor consuelo les dijo: *«No sois vosotros los que me habéis traído aquí, es Dios quien me trajo y me ha hecho padre del faraón y señor de su casa y me ha puesto al frente de toda la tierra de Egipto. Apresuraos, y subid a mi padre, y decidle: «Así dice tu hijo José: Me ha hecho Dios señor de todo el Egipto; baja, pues, a mi sin tardar»*.

Cuando los hermanos de José llegaron a presencia de su padre, le dijeron: *«Tu hijo José vive y es señor de todo Egipto»*. Al oír esto Jacob, le pareció que despertaba de un profundo sueño: así es que no los quiso creer; paro al contarle cuanto le había sucedido con toda la exactitud y ver los carros del rey y magníficos presentes, se reanimó su espíritu y exclamó: No me queda nada que desear, *«basta que mi hijo José viva, iré y lo veré antes de que yo muera»* (Gén. 45,28).

Trasladóse luego a Egipto con toda su familia, que se componía de setenta personas. José obtuvo para ellos la tierra más fértil, el país de Gesén. Allí estuvieron más de cuatrocientos años y se multiplicaron grandemente hasta formar un

verdadero y numeroso pueblo o nación, según la promesa que Dios hizo a los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob. Este aumento alarmó a los egipcios de tal manera, que uno de los reyes «que no había conocido a José», comenzó a imponerles trabajos y maltratarlos...

Moisés, libertador de Israel

Moisés es una de las figuras más importantes de la historia religiosa de Israel. Él fue su caudillo, su legislador y libertador. Andando los años los descendientes de Jacob (llamados «israelitas» y también «hebreos») al crecer más y más, los egipcios los temieron porque se hacían más numerosos que ellos y los israelitas al ser maltratados y sometidos a duros trabajos y gran esclavitud, Dios hizo que Moisés fuese su libertador.

Al principio del éxodo se nos narra su vida: Cuando nació, su madre lo ocultó durante tres meses; pero no pudo más, porque el faraón o rey de Egipto había dado orden de arrojar a todos los niños de los israelitas al nacer al Nilo, y lo colocó en una cesta embadurnada y la dejó entre los juncos a la orilla del río (Ex. 2,3).

La hija del faraón fue a bañarse al río y vio la

cesta, la abrió y al ver a un niño tan hermoso, se compadeció. María, hermana del niño, estaba observando, y se acercó a la hija del faraón y le dijo: *«¿Quieres que vaya a buscarte entre los hebreos a una nodriza que críe al niño? Ella contestó: Vete. María corrió a llamar a la madre del niño y ella lo crió».*

Más tarde fue llevado a la corte del faraón y educado allí. De esta manera libró a Moisés, que más tarde había de ser el conductor de su pueblo.

Al ser ya mayor Moisés, Dios le dio la misión de sacar a su pueblo de Egipto para conducirlo a la Tierra de Promisión. A este fin Dios se le apareció en una zarza que ardía sin consumirse, y le dijo:

«He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he oído el clamor que le arranca su opresión y conozco sus angustias... Ve, pues, Yo te envío al faraón para que saques a mi pueblo, a los hijos de Israel, de Egipto» (Ex. 3,7ss).

En aquella ocasión Dios le reveló su nombre: *YO SOY (Yahvé) «el que es»* (el ser por esencia, del que dependen todos los seres de la creación, y el que está con vosotros para asistiros, defenderos y haceros felices).

Dios combatió a favor de Israel castigando al

rey y a todo Egipto, porque se oponían a que salieran de allí los israelitas. Dios ya le previno la obstinación del faraón. Moisés, acompañado de su hermano Aarón, se presentó al rey, pero éste no dejó salir a su pueblo, al contrario, lo oprimió con trabajos cada vez más pesados.

Entonces Dios castigó al rey y a su pueblo con terribles plagas. Estas fueron diez que pueden verse descritas en el Exodo (7-10). Estas fueron: 1ª El agua convertida en sangre; 2ª la invasión de ranas; 3ª de mosquitos; 4ª de moscas; 5ª peste mortífera; 6ª tumores; 7ª granizo; 8ª langostas; 9ª tinieblas, y 10ª la muerte de los primogénitos.

A través de estas plagas Dios manifestó su poder. Sólo la última plaga, la muerte de los primogénitos de Egipto, tanto de hombres como de animales, e incluso el hijo del faraón, fue por la que aterrorizado el rey dejó salir de su país a los israelitas.

Cuando estos se iban acercando al Mar Rojo, el faraón se arrepintió de haberlos dejado salir. Entonces Dios intervino para salvar a su pueblo, y dijo a Moisés: *«Alza tu cayado y tiende el brazo sobre el mar y divídelo, para que los hijos de Israel pasen por medio del mar a pie en seco...»*.

Los israelitas pasaron entre las aguas que formaron una muralla a derecha e izquierda, y el ejército del faraón que los perseguía fue sepultado en el mar al hacer Dios que las aguas volvieran a su cauce (Ex. 14).

El pueblo de Israel en el desierto. La Alianza

Cerca de tres meses, después de la salida de Egipto y de andar a pie por el desierto, llegaron los israelitas a la llanura extensa que hay junto al monte. Entonces Moisés subió a la montaña donde se le apareció el Señor y le dijo: *Vosotros habéis visto lo que Yo he hecho a Egipto, y cómo os he llevado sobre alas de águila y os he traído a Mi. Ahora, pues, si estáis dispuestos a escuchar mi voz y guardar mi alianza seréis mi propiedad sobre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra y seréis para mi un reino de sacerdotes y una nación santa* (Ex. 19,4-6).

Moisés refirió estas palabras a los israelitas, y el pueblo entero respondió: *«Haremos cuanto ha dicho el Señor»*. El pueblo estaba entonces temblando al pie de la montaña y lleno de acatamiento, pues la alianza tenía este contenido: *Por*

parte de Dios, como dueño de toda la tierra, la «elección de Israel» como pueblo preferido, al que protegería..., y *por parte de Israel,* «aceptación incondicional» de la voluntad de Dios manifestada en sus mandamientos, a la que prometieron ser fieles cumplidores...

Después el Señor se dirigió de nuevo a Moisés y le mandó reunir al pueblo en las inmediaciones de la montaña y que los exhortase a que se santificasen y se preparasen para celebrar la manifestación de Dios. Una vez reunido el pueblo, la montaña se cubrió de una densa nube, y después de grandes truenos y el brillar de relámpagos en medio de un profundo y repentino silencio se dejó oír la voz de Dios, que dijo:

—1º No tendrás otro Dios que a Mi.

—2º No tomarás en vano el nombre de Yahvé, tu Dios.

—3º Acuérdate de santificar el sábado (el día «del Señor»).

—4º Honra a tu padre y a tu madre, para que vivas largos años...

—5º No matarás.

—6º No cometerás adulterio.

—7º No hurtarás.

—8º No levantarás falso testimonio contra tu prójimo.

—9º No desearás la mujer de tu prójimo (Dt. 5,21).

—10º No codiciarás la casa de tu prójimo, ni cosa alguna que le pertenezca (Ex. 20,1-17).

Este Decálogo o diez mandamientos dados por Dios a Moisés encierran la afirmación de un Dios único y exclusivo. Son por tanto de origen divino y ellos anuncian los principales puntos de la ley natural, valederos para todos los tiempos y en todos los lugares, y Dios mismo los ha grabado en el corazón de todos los hombres (Rom. 1,19; 2,15).

Dios mandó guardar «el Sábado». Ahora en el N. T. es «el domingo», llamado «día del Señor», porque en domingo resucitó Él. En época de los primeros cristianos ya se reunían en domingo para conmemorar la resurrección del Señor (Hech. 20,7-12).

El Conc. Vaticano II nos dice: «La Iglesia por una tradición apostólica que trae su origen del mismo día de la resurrección de Cristo, celebra cada ocho días el día que es llamado con razón "día del Señor" o domingo» (SC. 102).

La felicidad de Israel y de todos los pueblos

Moisés sigue hablando a Israel de parte de Dios y les dice: «*Seguir en todo los caminos que Yahvé, vuestro Dios, os prescribe para que seáis dichosos... Estos son los mandamientos que me mandó os enseñase, para que los cumpláis en la tierra en que vais a entrar y vais a poseer, para que temas a Yahvé, tu Dios, tu y tus hijos y los hijos de tus hijos, y guardes todos los días de tu vida todos sus mandamientos que yo te inculco y vivas largos años.*

Escúchalos, Israel, y ten sumo cuidado en ponerlos por obra, para que seas dichoso y os multipliquéis grandemente...

¡Oye, Israel! Yahvé es nuestro Dios. Yahvé es único. Amarás a Yahvé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu poder, y llevarás muy dentro de tu corazón todos estos mandamientos que hoy te doy. Incúlcalos a tus hijos, y cuando estés en tu casa, cuando viajes, cuando te acuestes, cuando te levantes, habla siempre de ellos. Átalos a tus manos para que te sirvan de señal: póntelos en la frente, entre tus ojos; escríbelos en los postes de tu casa y en tus puertas.

Cuando Yahvé tu Dios, te introduzca en la tierra que a tus padres Abraham, Isaac y Jacob juró darle, ciudades grandes y hermosas que tu no has edificado, casas llenas de toda suerte de bienes que tu no has llenado, cisternas que tu no has excavado, viñas y olivares que tu no has plantado; cuando comas y te hartes, guárdate de olvidarte de Yahvé, que te sacó de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre. Teme a Yahvé, tu Dios; sírvele a Él y jura por su nombre. No te vayas tras otros dioses, tras alguno de los dioses de los pueblos que te rodean; porque Yahvé, tu Dios, que está en medio de ti, es un Dios celoso y su cólera se encendería contra ti y te exterminaría de sobre la tierra.

Guardad con gran cuidado los mandamientos que Dios os da. Haz lo que es recto y bueno a los ojos de Yahvé, para que seas dichoso... Cuando un día te pregunte tu hijo, diciendo: ¿Qué son estos mandamientos que Yahvé, nuestro Dios nos ha prescrito?, tu responderás a tu hijo: Nosotros éramos en Egipto esclavos del faraón, y Yahvé nos sacó de allí con su potente mano e hizo a nuestros ojos grandes milagros y prodigios terribles contra el faraón y contra toda su casa, y nos sacó de allí para conducirnos a la tierra que con juramento había prometido a nuestros padres.

Yahvé nos ha mandado poner por obra todas sus leyes y que le temamos para que seamos dichosos siempre» (Cap. 6 Dt.).

Israel, pueblo elegido por Dios

Moisés dijo a Israel en nombre de Dios: *«Tu eres un pueblo santo para Yahvé, tu Dios. Él te ha elegido para que seas pueblo peculiar suyo entre todos los pueblos que hay sobre la faz de la tierra. No es por ser vosotros los más en número entre todos los pueblos, se ha prendado de vosotros, pues sois el más pequeño de todos, sino porque Yahvé os amó y para guardar el juramento que hizo a vuestros padres, os ha sacado de Egipto con mano poderosa, rescatándoos de la casa de la servidumbre, de la mano del faraón, rey de Egipto, por donde has de conocer que Yahvé, tu Dios, es el Dios verdadero, el Dios fiel, que guarda la alianza y la misericordia hasta mil generaciones a los que aman y guardan sus mandamientos; pero a quien le aborrece le da el pago en su misma cara, destruyéndolo.*

Si practicas sus mandamientos, te amará, te bendecirá y te multiplicará, bendecirá el fruto de tus entrañas y el fruto de tu suelo, tu trigo, tu

vino y tu aceite, las crías de tus vacas y de tus ovejas en la tierra que a tus padres juró darte. Serás bendito sobre todos los pueblos, no habrá estériles sobre ti ni en tus ganados. Yahvé alejará de ti las enfermedades, no mandará sobre ti ninguna de las plagas malignas de Egipto, que tu conoces, y afligirá con ellas a los que te odien. Devorarás a todos los pueblos que Yahvé, tu Dios, va a entregarte; tus ojos no los perdonarán y no servirás a sus dioses, porque eso sería para ti la ruina.

Y si te se ocurriese decir: ¿Cómo voy a poder expulsar a esas naciones, que son más numerosas que yo? No los temas; acuérdate de lo que Yahvé, tu Dios, hizo con el faraón y con todo el Egipto... No los temas, porque en medio de ti está Yahvé, tu Dios, el Dios grande y terrible. Él expulsará esas naciones poco a poco...; nadie podrá resistirte hasta que los hayas destruido (Dt. 7,6ss).

La tierra en que vais a entrar para poseerla es una tierra de montes y valles, que riega la lluvia del cielo; es una tierra que cuida Yahvé, tu Dios, y sobre la cual tiene puestos sus ojos, desde comienzo del año hasta el fin... Pero cuidad mucho de que no se deje seducir vuestro cora-

zón, y, desviándoos, sirváis a otros dioses y os postréis ante ellos. Porque se encenderá la ira de Yahvé contra vosotros y cerraría el cielo, y no habría más lluvia y la tierra no daría más frutos, y desapareceríais presto de la buena tierra que Dios os da...

Mirad que hoy os pongo delante bendición y maldición; la bendición, si cumplís los mandamientos de Yahvé, vuestro Dios, que os prescribo hoy; la maldición, si no los cumplís...» (Dt. 11,11ss).

¡Ojalá cumplieseis siempre mis mandamientos para ser felices vosotros y vuestros hijos! (Dt. 5,29).

(En los capítulos 26 del Levítico y en el 28 del Deuteronomio se pueden ver las bendiciones y maldiciones de Dios..., y como veremos el pueblo de Israel fue infiel a su Dios y por sus rebeldías sufrió sus castigos.)

Infidelidades de Israel: el becerro de oro

El pueblo de Israel, después de tantas advertencias, dejó pronto de ser fiel a los mandamientos de Dios, pues a tantos favores recibidos respondió con la ingratitud más monstruosa.

Moisés subió al monte Sinaí para aprender de Dios las cosas necesarias al gobierno de su pueblo, y como permaneciera allí cuarenta días (donde el Señor le dio el Decálogo, escrito en dos tablas de piedra, llamadas por ello «Tablas de la Ley»), cansados los israelitas de tanta tardanza, se presentaron a Aarón y le dijeron: *«Anda, haznos un dios que vaya delante de nosotros, ya que no sabemos que ha sido de ese Moisés, que nos sacó de Egipto».*

Entonces Aarón, sea por temor de sus amenazas, sea por distraer a los israelitas de su propósito impío, les respondió: *«Traedme aquí los pendientes de oro de vuestras mujeres e hijas»,* y los fundió y formó un becerro y edificaron un altar, y ante él ofrecieron sacrificios y comían y bailaban a manera de paganos.

Quebrantada así la alianza y a la vista de aquel pecado de idolatría y tanta infidelidad, Dios se irritó y amenazó con destruirlos a todos, y habló así a Moisés:

«Muy pronto se han apartado del camino que Yo les prescribí. Se han hecho un becerro de fundición y se han postrado ante él diciendo: Israel, éste es tu Dios, el que te ha sacado de la tierra de Egipto. Y dijo Yahvé a Moisés: Veo que

este pueblo es un pueblo de dura cerviz. Déjame que se encienda ahora mi cólera contra ellos y los consuma. Yo haré de ti un gran pueblo... Moisés imploró perdón... y dijo: Perdona la iniquidad de tu pueblo... Y Yahvé se arrepintió del mal que había dicho haría a su pueblo» (Ex. 32,1-14).

Cuando Moisés bajó del monte y vio aquella abominación se encolerizó y arrojó al suelo las Tablas de la Ley, de modo que se quebraron. Tomando después el becerro, le hizo pedazos y lo redujo a polvo, y aún Dios castigó a su pueblo, pero no como merecía, debido a la oración de Moisés: *«Oh, este pueblo ha cometido un gran pecado, fabricándose un dios de oro; ahora perdona su pecado; y si no, bórrame de tu libro que has escrito».*

Milagros a favor de Israel

Un día toda la asamblea de los hijos de Israel se dio a murmurar contra Moisés y Aarón en el desierto y les decían: *«¡Quién nos diera que muriéramos a manos de Yahvé en Egipto, cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne y nos hartábamos de pan! Nos habéis traído al*

desierto para matar de hambre a toda esta muchedumbre».

Entonces el Señor dijo a Moisés: *«Yo haré llover sobre vosotros pan del cielo, y el pueblo saldrá a recoger cada día la porción necesaria... Esta tarde os dará Yahvé carne para comer y a la mañana pan en abundancia»* (Ex. 16). Y por la tarde bajó una nube de codornices sobre los campos y junto a sus tiendas, las cuales se dejaron coger fácilmente. Por la mañana siguiente el desierto apareció cubierto de pequeños granitos blancos como una especie de escarcha, y los israelitas admirados exclamaron: *«¿Manhú = que es esto?»*. Moisés les dijo: *«Este es el pan que el Señor os da para vuestro alimento. Los granitos tenían el sabor de pan amasado con miel.*

Los hijos de Israel comieron el maná durante cuarenta años hasta que llegaron a la tierra habitada (Ex. 16).

Otro día, los israelitas acosados de sed, se querellaron contra Moisés y tentaron a Dios. Entonces Moisés, por mandato de Dios, golpeó una roca con su vara y manó agua en abundancia para ellos y sus ganados. Al lugar aquel se llamó *Masá* (= tentación) y *Meribá* (= querella).

Esta fue otra obra milagrosa en favor de Is-

rael (X.17). «Los israelitas tenían ojos y no veían las maravillas de Dios, tenían oídos y no oían tanta grandeza...». Por eso Jesucristo diría un día que les hablaba en parábolas *«para que mirando, miren y no vean, oyendo, oigan, y no entiendan; no sea que se conviertan...»* (Mc. 4,12). Expresión muy dura, pero tiene su explicación: Los judíos veían sus grandes milagros (como otro día sus antepasados vieron el maná y agua manando de una roca...) y oían las grandezas del Señor y a veces cerraban los oídos a las palabras del Señor para no convertirse, y por eso les dio un espíritu de adormecimiento por oponerse a la verdad y no querer corresponder a sus gracias. no es, pues, Dios el que no quiere que se conviertan, son ellos: Al que cierra la ventana para que no entre el sol en la habitación, ¿quién tiene la culpa de que no le alumbre?...

El gran castigo en el desierto

Para darnos cuenta de este gran castigo, hemos de tener presente que cuando llegaron los israelitas cerca de la frontera de Canaán, la tierra prometida, envió Moisés, por orden de Dios a doce exploradores, uno por cada tribu, para que

se informasen de la naturaleza del país y de la fuerza de sus habitantes. Entre ellos iban Josué y Caleb, muy apreciados del pueblo por su virtud.

Partieron para Palestina, y visitaron aquella tierra prometida por Dios, y a los cuarenta días volvieron, trayendo riquísimos frutos, entre los cuales había un sarmiento de vid con un racimo tan extraordinariamente grande que se necesitaban dos hombres para transportarlo.

Ellos dijeron que era un país muy hermoso y rico, que manaba leche y miel, pero diez de ellos insistieron ante el pueblo que sus habitantes eran muy fuertes y gigantes invencibles, que no era posible vivir entre ellos.

Al momento manifestó el pueblo su terror y espanto y murmuraron contra Moisés y contra Dios. Entonces Josué y Caleb dijeron:

«¡Subamos, subamos luego!... La tierra que hemos recorrido para explorarla es muy buena, y si agradamos a Yahvé, nos llevará a esa tierra que mana leche y miel y nos la dará con tal que no os rebeléis contra Él, ni temáis al pueblo de esa tierra... ¡Con nosotros está Yahvé, no los temáis!» (Núm. 13,30-14).

Todos querían apedrear a Josué y Caleb y

volverse a Egipto, y decían: *«¡Ojalá hubiéramos muerto en la tierra de Egipto o en este desierto!»*.

Moisés intercedió por ellos para que Dios no los destruyera, y en atención a su oración les perdonó, pero obraría conforme al deseo del pueblo, morirían en el desierto. He aquí el gran castigo:

Yahvé habló a Moisés y Aarón diciendo: *«¿Hasta cuándo ha de seguir murmurando contra Mi este pueblo perverso? Diles: En este desierto caerán vuestros cadáveres. De cuantos fuisteis inscritos en el censo, todos los de veinte años para arriba, que habéis murmurado contra Mi, de ninguna manera entraréis en la tierra que con juramento prometí daros por habitación, excepto Caleb, hijo de Jefoné, y Josué, hijo de Num.*

Vuestros hijos andarán errantes por el desierto cuarenta años, llevando sobre sí vuestras infidelidades, hasta que vuestros cuerpos sean consumidos en el desierto. Los años que llevaréis sobre vosotros vuestras iniquidades serán tantos como fueron los días que explorasteis la tierra: cuarenta años contando año por día, y así conoceréis mi aversión por vosotros. Yo,

Yahvé, Yo lo digo. Así haré con esta perversa muchedumbre, que se ha levantado contra Mi. En este desierto se consumirán, en él morirán» (Núm. 14,29-35).

En el mismo instante los diez exploradores infieles murieron de muerte repentina por castigo de Dios. Sentencia severa, pero justa e irrevocable. La travesía de Egipto a la Tierra Prometida la podían haber hecho en poco tiempo, pero por el pecado de su incredulidad tardarían en llegar a ella cuarenta años. (San Pablo dirá: La historia de Israel es una enseñanza para nosotros: 1 Cor. 10,5-11).

Nuevo castigo, el de Coré, Datán y Abirón

Ni castigos ni amenazas bastaban para oponerse a las rebeliones de aquel pueblo incorregible. Poco tiempo después 250 hombres capitaneados por el levita Coré, que aspiraba al Sumo Sacerdocio, y por Datán y Abirón, que pretendían ocupar el puesto de Moisés, se rebelaron contra Aarón y Moisés... Pero Moisés después de orar al Señor, se dirigió a los amotinados, diciéndoles:

«Mañana pondrá el Señor de manifiesto su

elegido, y quién es el santo para acercarse a Él...». Después dijo Dios a Moisés y a Aarón: *«Apartaos de este pueblo que Yo lo voy a destruir en un momento».* (Moisés se interpuso diciendo): *«¿No es uno el que ha pecado? ¿Por qué te airas contra todo el pueblo?».* Yahvé contestó entonces a Moisés diciendo: *«Habla al pueblo y diles: Retiraos de en derredor del Tabernáculo y de las tiendas de Coré, Datán y Abirón»* (Núm. 16,5,20-24).

La muchedumbre se apartó de alrededor de las tiendas de Coré, Datán y Abirón, y luego se abrió repentinamente la tierra debajo de los pies de los tres rebeldes, y se los tragó juntamente con sus tiendas y cuanto poseían.

En el mismo instante vino fuego del Tabernáculo que dejó muertos a los 250 que, rebelándose contra Moisés y Aarón, estaban ofreciendo incienso contra la voluntad del Señor. Así demostró Dios que estos eran sus representantes.

Conquista de la Tierra Prometida

A través de todo el viaje por el desierto, en el que sufrió tanto Moisés, podemos apreciar la infinita paciencia de Dios que perdona las infi-

delidades de Israel... y lo sigue encaminando hacia la tierra prometida.

Moisés tenía 120 años. Al revelarle Dios que se hallaba cercana su muerte, reunió a todos los hijos de Israel alrededor del Tabernáculo y les dijo: Voy a morir en este desierto. Dios me ha dicho: *«Tu no pasarás este Jordán»*. No entraré, pues, en la excelente tierra prometida con vosotros. Sed fieles a la alianza del Señor, que os dio tantas pruebas de benevolencia y obró tantos prodigios en favor vuestro. Amadle, escuchad su voz, guardad sus mandamientos. Si así lo hacéis os bendecirá; si quebrantáis su ley, caerán sobre vosotros grandes males.

Luego, por mandato del Señor, Moisés puso las manos sobre Josué en presencia de todo el pueblo, a fin de que lo reconocieran como sucesor suyo y le obedecieran. A continuación Dios ordenó a Moisés que subiera al monte Nebo, y en él se le apareció para mostrarle la tierra prometida y le dijo: *«Mira la tierra de Canaán que voy a dar en posesión a los hijos de Israel... Esta es la tierra que juré dar a Abraham, a Isaac y a Jacob, diciendo: A tu descendencia se la daré. Te lo hago ver con tus ojos, pero no entrarás en ella»* (Dt. 32,49;34,4). Moisés expiró en aquel monte apacible y santamente.

Todo Israel lo lloró por espacio de treinta días. *«No ha vuelto a surgir en Israel otro profeta semejante a Moisés, con quien Yahvé tratase cara a cara»* (Dt. 34,10).

Misión de Josué. Dios nombró a Josué, hijo de Num, como sucesor de Moisés, y a él después de la muerte del mismo Moisés, le habló así:

«Mi siervo Moisés ha muerto, levántate, pasa el Jordán tú y tu pueblo, a la tierra que Yo doy a los hijos de Israel. Nadie podrá resistir ante ti en todos los días de tu vida, pues estaré contigo como he estado con Moisés. No te abandonaré, no te dejaré. Esfuérzate, se valiente» (Jos. 1,2-6).

Josué fue conocido unánimemente por jefe de las tribus de Israel, y Dios mismo confirmó su elección y autoridad. Entonces, por orden de Josué, todo el pueblo se puso en marcha, y fue a acampar aquella noche a orillas del río Jordán, en donde se dispusieron para la marcha.

Llegando el momento de partir, pasaron todos el Jordán conforme a la orden dada por Dios a Josué: *«Cuando los sacerdotes que llevan el Arca de Yahvé, Señor de toda la tierra, pongan la planta de sus pies en las aguas del Jordán, éstas se cortarán y las que bajan de arriba se pararán en montón»* (Jos. 3,11).

En efecto las aguas que bajaban se detuvieron, formando un muro altísimo que se distinguía a la distancia de más de cincuenta kilómetros, mientras las aguas de abajo siguieron su curso hasta el mar Muerto, dejando en seco el cauce del río, y así pasó todo el pueblo.

Los israelitas celebraron la Pascua en los llanos de Jericó, y desde entonces comieron de los frutos de la tierra y cesó el maná (Jos. 5,10-11).

Conquista de Jericó

Un ángel del Señor se apareció a Josué, y le reveló lo que había de hacer para tomar Jericó. Dios le había prometido que tomarían la ciudad y cómo entregaría en sus manos a su rey y todos sus habitantes.

Una vez que quedó cumplida la orden de Dios (léase Jos. 6,1-5), la ciudad quedó destruida derrumbándose sus murallas, y todos sus habitantes fueron pasados a filo de espada. Tanto Jericó como los otros pueblos de Canaán, eran pueblos idólatras, llenos de vicios torpísimos, y por eso Dios los mandó exterminar y para que no pervirtiesen a su pueblo escogido (Véase Dt. 7,4-7; 9,4-5; 12,30-31).

Además todo pecado es digno de castigo, y Dios, como dueño de la vida de los hombres, puede castigar según justicia a estos si no cumplen el fin para que fueron creados por Él.

Veamos las órdenes dadas por Dios y los vicios de los cananeos. «*Cuando Yahvé tu Dios, te introduzca en la tierra que vas a poseer y arroje delante de ti a muchos pueblos..., siete naciones más numerosas y más poderosas que tu; y Yahvé tu Dios, te las entregue, y tu las derrotes, las darás al anatema, no harás pacto con ellas ni les harás gracia. No contraigas matrimonios con ellas, no des tus hijas a sus hijos, porque ellas desviarían a tus hijos de en pos de Mi y los arrastrarían a servir a otros dioses, y la ira de Yahvé se encendería contra vosotros y os destruiría prontamente.*

Así, por el contrario, habrás de hacer con ellos: derribaréis sus altares... daréis al fuego sus imágenes talladas, porque eres un pueblo santo para Yahvé tu Dios, el que te ha elegido para ser el pueblo de su porción entre todos los pueblos que hay sobre la haz de la tierra» (Dt. 7,1-6).

¿Quiénes eran los cananeos?

En el libro de la Sabiduría (cap. 12), se nos habla de los vicios de los cananeos, y así podremos juzgar rectamente de las órdenes dadas por Dios en la conquista de aquellos pueblos:

«...Y porque aborrecía a los antiguos habitantes de tu Tierra Santa, que practicaban obras detestables de magia, ritos impíos, y eran crueles asesinos de sus hijos, que se daban banquetes con carne humana y se iniciaban en orgías».

«A esos padres, asesinos de seres inocentes, determinaste perderlos por mano de nuestros padres. Para que recibiese una digna colonia de hijos de Dios esta tierra, ante Ti la más estimada de todas. Pero a estos como hombres los perdonaste, y enviaste tábanos como precursores de tu ejército, para que poco a poco los exterminaran... Pero castigándolos poco a poco les diste lugar a penitencia, no ignorando que era el suyo un origen perverso y que era innata su maldad, y que jamás se mudaría su pensamiento.

«Que era semilla maldita desde su origen, y no por temor de nadie dilataste el castigo de sus pecados. Pues ¿quién te dirá: Por qué haces esto, o quién se opondrá a tu juicio, o quién te

llamará a juicio por la pérdida de naciones que tu hiciste, o quién vendrá a abogar contra Ti por hombres impíos? Que no hay más Dios que Tú, que de todo cuidas, para mostrar que no juzgas injustamente. Y no hay rey ni tirano que te pueda pedir cuentas de tus castigos.

Siendo justo, todo lo dispones con justicia y no condenas al que no merece ser castigado, pues lo tienes por indigno de tu poder».

Nueva amonestación a los israelitas

«¡Escucha, Israel! Estáis hoy para pasar el Jordán y marchar a la conquista de naciones más numerosas y poderosas que tu; de grandes ciudades, cuyas murallas se levantan hasta el cielo; de un pueblo numeroso, y de elevada estatura, los hijos de Enac, que ya conoces y de quienes has oído hablar: ¿Quién podrá resistir contra ellos? Has de saber desde hoy que Yahvé, tu Dios, irá Él mismo delante de ti, como fuego devorador, que Él los destruirá, los humillará ante ti y tú los arrojarás y los destruirás pronto, como te lo ha dicho Yahvé.

No digas luego en tu corazón, cuando Yahvé, tu Dios, los arroje de ante ti: Por mi justicia me

ha puesto Yahvé en posesión de esta tierra. Por la iniquidad de esos pueblos Yahvé los arrojará ante ti. No por tu justicia ni por la rectitud de tu corazón vas a entrar en posesión de esa tierra, sino por la maldad de esas naciones las expulsa Yahvé delante de ti; para cumplir la palabra que con juramento dio a tus padres Abraham., Isaac y Jacob. Entiende que no por tu justicia te da Yahvé, tu Dios, la posesión de esa buena tierra, pues eres un pueblo de dura cerviz (Dt. 9,1-6).

Josué, los Jueces y los reyes

Todo Israel con la ayuda de Dios, pasó en seco el Jordán, siguió conquistando Jericó y otras ciudades. Advertiremos que los nombres de la tierra prometida a Israel tiene estos:

—*Tierra de Canaán,* porque allí habitaron los cananeos.

—*Palestina,* por haber habitado antes los filisteos.

—*Tierra de Israel,* porque allí se establecieron los israelitas, y hoy está formado en ella el «Estado de Israel», y

—*Tierra Santa,* porque en ella nació, vivió, murió y resucitó Jesucristo.

1.º *Hechos realizados por Josué* fueron estos: 1) Distribuir la tierra conquistada entre las doce tribus; 2) colocar el Tabernáculo de la Alianza en Silo, que vino a ser centro religioso de Israel, y 3) reunir en Siquem todas las tribus e inculcarles la observancia de los mandamientos de Dios, y habiendo obtenido de ellos la promesa de que serían fieles a Dios, murió apaciblemente a los 110 años de edad.

2.º *Los Jueces de Israel.* Estos fueron varones extraordinarios elegidos por Dios, después de la muerte de Josué, para defender a su pueblo contra los opresores extranjeros. Entre los quince Jueces que menciona la Biblia, se destacan:

—*Gedeón,* que venció a los madianitas con 300 soldados (Jue. 6,8).

—*Sansón,* hombre de fuerza extraordinaria (Jue. 13).

—*Samuel,* que fue el último Juez de Israel. (Puede verse su vida en el libro primero de Samuel.

Después de la muerte de Josué y repartida por éste la tierra, aún quedaron entre las tribus cananeos, y por no ser enérgicos en expulsarlos, como Dios le había dicho, y por ser ellos muchas veces infieles a Dios, por eso fueron entregados

en manos de sus enemigos para ser castigados; mas cuando se volvían a Dios con sincero arrepentimiento, entonces se compadecía de ellos y les suscitaba un juez que fuera su libertador.

3.º *Los reyes de Israel.* A los jueces sucedieron los reyes. Estos fueron: Saúl, David y Salomón.

1) *Saúl* fue el primer rey de Israel. Gobernó al principio conforme a la ley de Dios, pero poco a poco su corazón se apartó de los mandamientos de Dios y de los consejos de Samuel, y Dios lo desechó. A Saúl le sucedió David, por el que había de venir la descendencia del Mesías.

2) *David* era un pastor israelita, muy piadoso, de corazón noble, de la tribu de Judá... Sus hechos principales fueron estos: Venció al gigante Goliat, conquistó la ciudad de Jerusalén y la convirtió en capital del reino, e hizo un tabernáculo para Dios en Jerusalén, al que trasladó el Arca de la Alianza, y preparó materiales para que su hijo Salomón construyera el Templo...

David fue grande por sus cualidades de rey, pero se dejó arrastrar de sus pasiones y pecó. Dios le hizo ver su pecado por medio del profeta Natán y Dios le perdonó, porque se arrepintió e

hizo penitencia. Entre los muchos salmos que compuso se destaca el 50 (51), y exclamó: «Apiádate de mi, Señor, según tu gran misericordia»...

3) Salomón. Después de la muerte de David, le sucedió en el gobierno su hijo Salomón, que una vez proclamado rey, pidió a Dios la sabiduría y prudencia para gobernar a su pueblo, y su oración agradó a Dios y le colmó de sabiduría y riquezas abundantes. Entre las obras grandes que realizó y la que más gloria le dio fue la construcción del Templo al norte de la ciudad de Jerusalén.

Salomón fue el rey más glorioso de Israel, porque hizo de Israel, pequeño país, un poderoso estado; pero al final de su vida se dejó alucinar por las riquezas y mujeres paganas e idólatras que corrompieron su corazón, y provocó el descontento del pueblo y esto condujo a la división del reino, y a su muerte quedó dividido en dos: *Israel y Judá.*

Breve resumen histórico de los dos reinos

—*El reino de Israel,* que tuvo por capital a Samaría, duró dos siglos y medio y fue regido

por 19 reyes, que fueron todos malos desde el punto de vista religioso. Este reino cayó el año 722 antes de Cristo.

—*El reino de Judá* que tuvo por capital a Jerusalén, duró algo más, hasta la cautividad de Babilonia (año 586 a.C.) y fue ocupado por 20 reyes todos del linaje de David y progenitores del Mesías. Varios de ellos dejaron mucho que desear, si bien algunos, como Asá, Josafat, Ezequias y Josías, fueron verdaderamente fieles a los mandamientos de Dios. Su último rey fue Sedecías.

Los reyes de ambos reinos, así como el pueblo, se fueron apartando progresivamente del verdadero Dios para entregarse a la idolatría, y se debilitaron por guerras externas e internas entre ambos.

Dios suscitó profetas en estos reinados, y por «hacer lo malo a los ojos de Dios» y no escuchar las apremiantes exhortaciones que Él les hizo por medio de ellos, les anunció grandes castigos y, con toda claridad, el destierro.

Dios les habla por medio de los profetas

Dios sigue amando a los israelitas y no quie-

re abandonarlos, y por eso les envía profetas para que les hablen en su nombre. Ellos les recuerdan por un lado el gran amor de Dios, y por otro su mal comportamiento, y les invitan a la conversión, recordándoles la promesa de un Salvador.

Los profetas, al quedar, a la muerte de Salomón, dividido el reino en dos: unos fueron enviados al reino del Norte, y otros al reino del Sur, el que tenía por capital a Jerusalén, y como rehusasen convertirse continuaban amenazándolos con castigos a la vez que les invitaban a la penitencia.

Así el profeta Jeremías se lamenta diciendo: *«No hay quien hable rectamente, nadie que se arrepienta de su maldad, diciendo: ¿Qué es lo que he hecho? Todos corren hacia el mal... La cigüeña en el cielo conoce su estación; la tórtola, la golondrina, la grulla guardan los tiempos de sus migraciones, pero mi pueblo no me conoce...»* (Jer. 8,6-7).

Con una expresión semejante exclama el profeta Isaías: *«¡Oíd cielos! ¡Escucha, tierra! ¡Que habla Yahvé! Yo he criado hijos y los he engrandecido, y ellos se han rebelado contra Mi. Conoce el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su amo; pero mi pueblo no entiende, no tiene conocimiento...*

También el profeta Oseas previendo castigos a causa de la corrupción de su tiempo, exclama: *«¡Oíd palabra del señor!..., pues Él entra en juicio con los habitantes del país, porque no hay verdad ni misericordia, y no hay conocimiento de Dios en la tierra. Perjuran, mienten, matan, roban y adulteran, hacen violencia, y un homicidio sigue a otro... Mi pueblo perece por falta de conocimiento...» (Os. 4,1-4).*

Grave es la acusación del profeta: «No hay conocimiento de Dios», porque donde no hay conocimiento de Dios, no hay fe; donde no hay fe, no hay moral, y donde no hay moral se derrumba toda sociedad humana.

«¡Oh gente pecadora, pueblo cargado de iniquidad!... Os habéis apartado de Yahvé...», y a pesar de tanta infidelidad, el Señor sigue compadeciéndose y les invita a la conversión, para que eviten los grandes castigos y les dice: *«Lavaos, limpiaos, quitad de ante mis ojos la iniquidad de vuestras acciones. Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien...»* (Is. 1,16-17).

Dios les echa en cara su ingratitud

Así les habló por el profeta Jeremías: «*Me acuerdo de la piedad de tu juventud... y cómo os saqué del país de Egipto y os conduje por el desierto y os introduje en una tierra fértil, para que comierais sus frutos y sus bienes, pero vosotros cuando entrasteis, contaminasteis mi tierra... y los depositarios de la ley me desconocieron y los reyes se rebelaron contra Mi... Mi pueblo ha cambiado su gloria por lo que nada vale y por eso he de entregar en juicio con vosotros... Pasmaos cielos de esto, y horrorizaos, dice el Señor, porque dos maldades ha cometido mi pueblo: Me han abandonado a Mi, fuente de aguas vivas, para excavarse cisternas agrietadas, cisternas rotas que no pueden retener el agua...*

»Reconoce y advierte cuán malo y amargo es apartarse de Yahvé, tu Dios, y haber perdido mi temor... En vano os he castigado, vuestros hijos no aceptaron la corrección... (Cap. 2).

»Conviértete, apóstata Israel, oráculo de Yahvé, no apartaré mi rostro de vosotros, porque soy misericordioso, no es eterna mi cólera. Reconoce, pues, tu maldad, pues contra Yahvé, tu Dios, has pecado (Jer. 3,12-13).

»¡Qué necio es mi pueblo! No me ha conoci-

do, son hijos insensatos, que no tienen inteligencia. Son sabios para el mal, ignorantes para el bien (4,22).

Ellos rehusan aceptar la corrección, no quieren convertirse... se están multiplicando los crímenes, se aumentan sus apostasías... Tienen ojos y no ven, oídos y no oyen. ¿No me temeréis a Mi? dice el Señor. ¿No temblaréis ante Mi, que he puesto al mar por límite o muro las arenas, y he dicho: «Hasta aquí llegarás y no puedes traspasarlas».

«Temamos a Yahvé, nuestro Dios, que da las lluvias tempranas y tardías a su tiempo, semanas fijas para la siega. Vuestras iniquidades han trastornado este orden, vuestros pecados os han robado el bienestar» (Cap. 5).

Si realmente enmendáis vuestra conducta, si no andáis tras otros dioses, si dejáis de pecar, entonces os dejaré habitar en este lugar, sino será destruido como lo fue el santuario de Silo, que fue profanado por el pueblo y especialmente por los hijos de Helí, Ofni y Finés... y os arrojaré de mi presencia... ¿Creéis ofenderme a Mi con esta manera vuestra de proceder? Más bien os ofendéis a vosotros mismos, porque sobre vosotros vendrán los castigos... (Cap. 7).

Todos los males que han sobrevenido a Israel, como a otras naciones de la tierra, han sido por su culto idolátrico y sus abominaciones y pecados.

El destino tremendo de Israel

Este destino se lo hace ver el profeta con la rotura simbólica de una vasija de barro. Así dijo Yahvé:

«Anda y toma una vasija de barro, obra del alfarero y lleva contigo algunos de los ancianos del pueblo y de los sacerdotes, y sal al valle del hijo del Hinnom, delante de la puerta de la Alfarería, y pronuncia allí las palabras que Yo te diré. Dirás, pues: Escuchad la palabra de Yahvé, reyes de Judá y habitantes de Jerusalén. Así dice Yahvé, el Dios de Israel: He aquí que traeré sobre este lugar males que a cuantos los oigan les retiñirán los oídos, por haberme dejado a Mi y ofrecer incienso a otros dioses y edificar altares a Baal y quemar en ellos a vuestros hijos como holocausto a Baal.

Por eso este lugar se llamará «Valle de la mortandad», y en este lugar caerán vuestros cadáveres, y tendrá tal hambre que llegaréis a

comer la carne de vuestros hijos en días en que te cercarán tus enemigos.

(Y esto se cumplió con motivo de los asedios: el primero por Nabucodonosor, año 587 a. C., y el segundo lo hicieron los romanos en el año 70 d. C.).

Una vez que le digas esto, le dijo el Señor: Romperás la vasija a vista de todos, y les dirás: Así romperé Yo a este pueblo y a esta ciudad, como se rompe un cántaro de alfarero, sin que pueda volver a componerse. Por no haber escuchado mis palabras vendrá sobre vosotros los males con que Dios os ha amenazado (Cap. 19).

Anuncio de la cautividad. *«Durante veintitrés años os llevo anunciando la palabra de Yahvé y no la habéis escuchado. Os envió Yahvé todos sus siervos, los profetas, una y otra vez, y tampoco les escuchasteis, no les disteis oídos cuando os decían: Convertíos de vuestros malos caminos y de vuestras malas obras, y habitaréis la tierra que Yahvé os dio a vosotros y a vuestros padres por eternidad de eternidades..., pero no me escuchasteis... Por eso esta tierra será ruina y desolación, y servirán las gentes estas al rey de Babilonia setenta años. Y al cabo de setenta años, yo pediré cuentas al rey de Babilonia y a la na-*

ción aquella de sus maldades, y a la tierra de los caldeos..., y les daré el pago conforme a sus maldades (Cap. 25).

Palabras de Amós a las tribus del Norte

Las palabras de este profeta van dirigidas especialmente a aquellos ricos y magnates entregados al vicio y al pecado y hacían perecer al pobre, y les decía: «*¡Ay de los que viven tranquilos en Sión y confiados en el monte de Samaría!... Duermen en divanes de marfil y se tienden sobre sus lechos; comen corderos del rebaño y novillos sacados del establo, beben vino en copones sin compadecerse del pobre... Por eso este hato de disolutos irán al destierro, a la cabeza de los deportados... (6,1 ss).*

Oid esto, los que os tragáis al pobre y hacéis perecer a los humildes de la tierra, diciendo: ¿Cuándo pasará el novilunio para que vendamos el trigo, y el sábado para que abramos el granero? (En esos días no podían abrirlos, y los avariciosos y mezquinos comerciantes se sienten irritados cuando tienen que suspender los negocios en estos días festivos y así estaban

empobreciendo más al pobre... y hasta falseaban las balanzas para engañar (Cap. 8,4).

Por eso les dice el Señor que terminarán convirtiéndose en duelo sus fiestas.

Hambre de la palabra de Dios. Dios amenazó a su pueblo con el destierro y grandes castigos por no cumplir su santa Ley; pero terminó amenazándole con un castigo más terrible: el pueblo andará errante de una parte del país a otra, de mar a mar, o sea, del mar Muerto al Mediterráneo, del norte incluso al occidente, buscando por medio de algún profeta un oráculo o palabra de Yahvé, mas no lo logrará. Como dice el salmista: «*Mi pueblo no oyó mi voz, no me obedeció, y lo abandoné a su obstinado corazón, que siguiera sus pareceres*» (Sal. 80,12-13).

No hay mayor castigo que esa libertad que tanto defienden hoy algunos. Dios los dejaba entregarse a sus vicios y concupiscencias, como los paganos de manera que cosechasen frutos muy amargos (Rom. 1,28).

Por eso dice el Señor por el profeta: «*He aquí que vienen días, dice el Señor, en que enviaré hambre sobre la tierra; no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír las palabras de Yahvé.*

En aquel día desfallecerán de sed las donce-

llas y los jóvenes, que juran por el pecado de Samaría (Este pecado de Samaría es el culto del becerro de Betel. Jeroboán había establecido otro becerro en Dan).

Terrible castigo el que cayó sobre Israel mandándolo al destierro, hasta llegar a decir el Señor: *«Tengo sobre ellos mis ojos para mal, no para bien»* (9,4).

Triste suerte de los últimos reyes de Judá

—*Joacaz* (por otro nombre *Sellum),* hijo de Josías, reinó tres meses, y luego fue llevado cautivo a Egipto y allí murió.

—*Joaquín,* que sucedió a su hermano Joacaz, reinó once años en Jerusalén e hizo lo malo a los ojos de Dios, y por haberse rebelado contra Nabucodonosor, fue llevado cautivo a Babilonia, y después de estar un año prisionero, le concedió libertad para volver a Jerusalén con la condición de estarle sujeto, pero no fue obediente, y una horda de caldeos y asirios invadieron el reino y lo mataron tirando su cuerpo a un basurero, y así se cumplió la profecía de Jeremías: *«No te lamentarán, no te llorarán... Será enterrado como*

un asno; le arrastrarán y le arrojarán fuera de las puertas de Jerusalén» (22,18-19).

—*Jeconías* (Joaquín II) sucedió a su padre Joaquín y en los tres meses que estuvo en el torno hizo también lo malo a los ojos de Dios. Entonces Nabucodonosor resuelto a acabar con los revoltosos de Judá, llevó prisionero a Jeconías, a su madre y príncipes, y se cumplió la profecía de Jeremías, que *«sería llevado a otro país, en que no nacisteis y allí moriréis, sin poder volver a esta tierra que anhelaréis volver»* (22,25-27).

¿Por qué son arrojados el rey Jeconías y su linaje, dice el profeta, y llevados a un país que no conocían?... Sois llevados al exterminio porque no habéis obedecido a mis mandatos y por no querer convertirse y seguir en el camino de la maldad...

Sedecías, último rey de Judá

Este rey, hombre débil e infiel, así como el pueblo, no quisieron oír las palabras que Yahvé había pronunciado por boca del profeta Jeremías. Al decirles en nombres de Dios que no resistieran a los caldeos y se entregasen a ellos, si querían salvar sus vidas, porque Jerusalén caería sin

remedio en poder del ejército de Babilonia (38,2-3), ellos tomando a mal estas palabras, se dijeron: *«Este hombre no procura el bienestar del pueblo, sino el mal»*, y lo metieron en una cisterna llena de lodo, y luego por intercesión de un etíope que habló con el rey, lo mandó sacar para que allí no muriese.

Sedecías fue entonces a entrevistarse con Jeremías y le dijo: *«Quiero preguntarte una cosa: no me ocultes nada. Jeremías le dijo: Si te la digo, ¿no es cierto que me quitarás la vida? Y si te doy un consejo, no me vas a escuchar»*.

Hizo entonces el rey Sedecías a Jeremías secretamente este juramento: *«Por la vida de Yahvé, que nos ha dado la vida, que no te daré muerte y que no te entregaré en mano de esos hombres que buscan tu vida»* (38,16).

Díjole Jeremías: Así dice Yahvé: Si te pasas a los generales del rey de Babilonia, salvarás tu vida y esta ciudad no será abrasada, y vivirás tú y tu casa». El rey temió que si se pasase, los generales le entregarían a los judíos pasados a ellos y lo matarían.

El profeta le aseguró que no sería así... Total que el rey se resistió en la ciudad, resistencia heroica hasta que el hambre los acosó y fue abierta

una brecha en la ciudad, por la que entraron los generales del rey de Babilonia... y Sedecías y los suyos huyeron y en las llanuras de Jericó fue apresado y llevado ante Nabucodonosor, quien lo sentenció y mandando traer a sus hijos, los mató en presencia de Sedecías y luego le sacó a éste los ojos y cargado de cadenas lo condujo a Babilonia, y la ciudad fue abrasada, como le había dicho Jeremías...

Sedecías estuvo encarcelado hasta el día de su muerte (52,11). Y así se cumplió la profecía de Ezequiel, que dijo en nombre de Dios: *«Yo le haré llevar a Babilonia, tierra de los caldeos; pero no la verá y allí morirá»* (Ez. 12,13).

Palabras de Jeremías en el vacío

Los capitanes de las tropas de los judíos que quedaron en Jerusalén y todo el pueblo, chicos y grandes, dijeron a Jeremías: *«Séate acepta nuestra petición... Que Yahvé tu Dios nos de a conocer el camino que debemos seguir y lo que hemos de hacer».*

El profeta les respondió: «Yo consultaré al Señor, y os comunicaré, sin ocultaros nada». Al cabo de diez días fue dirigida la palabra de Dios

a Jeremías, y convocado el pueblo, les dijo:

«Así dice Yahvé, el Dios de Israel, a quien me habéis enviado para presentarle vuestra súplica: Si permanecéis tranquilos en esta tierra, Yo os edificaré y no os destruiré, os plantaré y no os arrancaré, pues me pesa ya el mal que os he hecho. No temáis al rey de Babilonia, al cual tenéis tanto miedo, no le temáis, dice Yahvé; pues estoy con vosotros para salvaros y libraros de su mano. Yo os seré propicio, de modo que él tenga compasión de vosotros.

Si no dejáis vuestro proyecto de ir a Egipto y habitar allí, moriréis al filo de la espada y de hambre y de peste (Jer. 42,10 ss).

Insistió el profeta diciéndoles que no fueran a Egipto, porque de lo contrario la maldición de Dios caería sobre ellos y serían objeto de execración y no volverían a Jerusalén... Y al fin, después de estos consejos saludables, terminaron desobedeciéndole y Dios también terminó exterminándolos, porque no obedecieron las órdenes que les había dado por el profeta.

Fin de los reinados de Israel y de Judá

En la Biblia leemos: *«Salmanasar, rey de*

Asiria subió contra Oseas y éste se le sometió... y le pagó tributo... En el año noveno de Oseas, el rey de Asiria tomó a Samaría y a los habitantes de Israel los llevó cautivos a Asiria...» (2 Rey. 17). Esto sucedió el año 722 antes de Cristo.

Los deportados de los judíos que empezó con Joaquín, rey de Judá y con Jeconías, terminó el año once del reinado de Sedecías (A. 586). El Señor había advertido a Israel y a Judá por sus profetas y videntes, diciendo: *«Apartaos de vuestros malos caminos: observad mis mandamientos»,* pero ellos no quisieron escuchar cuanto les decía Dios por sus profetas... ¿Cuál, pues, fue la causa, la ruina o destierro de Israel: *«Esto sucedió porque los hijos de Israel habían pecado contra Yahvé, su Dios»* (2 Rey. 17; y 2 Rey. 24,3 ss).

¿Cuál fue la suerte de los desterrados?

Por la Biblia sabemos que los reyes de Israel arrastraron a su pueblo a la idolatría y al cerrar los oídos a la voz de Dios que les hablaba por sus profetas, fueron duramente castigados.

1) *El reino de Israel.* Con la deportación de las diez tribus de Israel con su rey Oseas a Asiria,

tuvo lugar la caída de Samaría y del reino que formaban. Sargón, que sucedió en el mando a Salmanasar, rey de Asiria, dice en sus anales que deportó a 27.290 israelitas de Samaría a la misma Asiria, en donde poco después se le sublevaron, pero al fin fueron sometidos y esparcidos a continuación por Mesopotamia y Media, y al desolado territorio de Samaría, donde se quedaron muy pocos proletarios, trasladaron colonias de inmigrados de Babilonia y de otras diferentes regiones de su imperio, formándose así una raza, parte israelita y parte extranjera, que tomó el nombre de «samaritanos», los cuales vinieron a ser objeto de odio por parte de los judíos (2 Rey. 17).

La mayoría de los israelitas deportados se desparramaron y fueron dispersos entre las gentes hasta el día de hoy. Este reino desapareció al ser llevadas cautivas a Nínive las diez tribus, y haberse dispersado desde allí por todas las partes del mundo.

2) El reino de Judá. El año 588 antes de Cristo la ciudad de Jerusalén (que ocupaba el primer puesto en la historia del pueblo judío) y el templo de Salomón cayeron bajo los golpes del enemigo por permisión de la justicia divina.

El reino de Judá, al igual que el de Israel, había sido infiel a Dios, y por haber pecado contra Él, fue dispersado y llevado cautivo a Babilonia.

La profecía de Jeremías de que allí permanecerían setenta años de cautiverio se cumplió, y con los desterrados Dios quiso que tuvieran profetas para mantener pura su fe y firme la esperanza en Él.

La visión de Ezequiel

El profeta Ezequiel fue deportado el año 597 a Babilonia con el rey Joaquín y un día, como él dice: «*Levantándome el Espíritu de Dios entre la tierra y el cielo, me llevó en visión divina a Jerusalén... y me hizo ver las grandes abominaciones y cosas vergonzosas de los que las cometían y decían: «Yahvé no nos ve, Yahvé ha abandonado esta tierra» y ante tantas abominaciones y profanaciones del templo..., vio como fue puesta por marca una* Tau *en la frente de los hombres que gemían y se lamentaban a causa de todas las abominaciones que se cometían en la ciudad...*

Así como la sangre del cordero pascual libró

en la esclavitud de Egipto del ángel exterminador, así esta señal de la letra Tau, que era antiguamente la señal de la cruz, libró a los marcados con ella.

Todos los demás hombres impíos que habían contaminado la Casa del Señor y eran blasfemos, perecieron... y a Ezequiel le dijo el Señor que a los dispersos y que había enviado lejos entre las naciones, les serviría de santuario y les daría un espíritu nuevo para que sigan sus mandamientos y los recogería de nuevo y los volvería a Jerusalén.

Restauración parcial de las tribus de Judá

Las dos tribus de Judá y Benjamín fueron llevadas cautivas a Babilonia por Nabucodonosor, y después de setenta años que estuvieron allí cautivas, regresaron a Jerusalén el año 536 antes de Cristo, en virtud del edicto de Ciro, rey de Persia, a quien movió el Señor para que los dejara salir. También les prometió ayuda devolviéndoles los vasos sagrados que Nabucodonosor había robado al templo al llevarlos cautivos.

La expedición de cincuenta mil judíos, que partieron de Babilonia, fue acaudillada por

Zorobabel, que ejercía las funciones de Gobernador, y por Josué, el sumo Sacerdote. Los que regresaron animados por sus jefes, especialmente por Esdras y Nehemías, así como por los profetas Ageo y Zacarías, reconstruyeron el Templo y la ciudad, cuyas obras terminaron el año 515.

Hemos de advertir que del destierro de Babilonia sólo volvieron los de las tribus de Judá y Benjamín, y no todos, sino aquellos *«cuyo espíritu despertó el Señor»,* esto es, a los que Él tocó el corazón (Esd. 1,5).

A partir del destierro los israelitas serán llamados «judíos», por ser principalmente de la tribu de *Judá* (y de aquí el nombre de *Judea).* Hemos de advertir que la restauración de las tribus de Judá y de Benjamín —en su retorno a Jerusalén— fue muy pobre y precaria; pues, como leemos en los libros de Esdras y especialmente en Nehemías (9,36-37), se consideraron siempre esclavos en Palestina, y de hecho lo fueron de los persas (a. 538-332) y de los griegos (332-323); y luego de los Tolomeos de Egipto (323-198) y los seléucidas de Siria (198-142), y aunque tuvieron cierta independencia por espacio de 80 años con los Macabeos (142-63), mas tarde les vemos esclavos y tributarios de los romanos (63

a. C. al 70 d. de C.), y desde entonces los judíos de Jerusalén han seguido llorando su suerte junto al muro de las Lamentaciones y pidiendo la liberación anunciada por los profetas, la cual no ha tenido aún *una realización plena, como lo iremos viendo a la luz de las diversas profecías bíblicas, que aún no se han cumplido.*

Y ¿qué diremos de las diez tribus que fueron llevadas a Asiria por Salamanasar? Según algunos historiadores, unos de los componentes de estas tribus fueron a Rusia, otros a Mongolia, otros a Tartaria y China..., y desde entonces no han tenido restauración alguna. Esto lo confirma la Biblia y el testimonio de Flavio Josefo y otros historiadores más.

Citaré solamente el testimonio de Flavio Josefo, historiador judío del siglo I de nuestra era, en su libro *Antigüedades Judaicas* I,1, dice: «*Las diez tribus de Israel* no volvieron jamás del destierro, y continúan en la dispersión, sólo las de Judá y Benjamín fueron sometidas por los romanos...». (Véase otros testimonios en mi libro: *«Israel y las profecías»).*

Judea pierde su independencia

Pompeyo, capitán de los ejércitos romanos, el año 63 antes de Cristo, penetró en Judea, tomó Jerusalén, y así se convirtió en provincia romana.

Cuando Judea perdió la independencia que había tenido con los Macabeos, cayeron, pues, los judíos bajo el poder de los romanos. Estos dejaron allí por rey a Herodes, y como gobernador romano a Poncio Pilato.

Entonces se cumplió la profecía que dice: *«No se apartará el cetro de Judá, ni de entre sus pies el bastón de mando, hasta que venga Aquel a quien pertenece y obedecerán los pueblos»* (gén. 49,10). Este versículo contiene la profecía mesiánica vinculada a Judá. El cetro es símbolo de autoridad y supremacía, la que ejerció sobre las otras tribus o hasta la venida del Mesías. Esta profecía siguió vinculada a David (2 Sam. 7,13 ss).

Dios había ido preparando a su pueblo por medio de los profetas, pero los israelitas no siempre comprendieron el significado espiritual del Mesías. Muchos de ellos, especialmente los partidos religiosos de aquella época —fariseos y

saduceos— esperaban un jefe temporal y glorioso y que los libraría de sus enemigos terrenos y los aplastaría... y no un Mesías que padece...

En la Biblia leemos: *«Dios, después de haber hablado antiguamente muchas veces y de muy diferentes maneras a nuestros padres por medio de los profetas, últimamente en estos días nos habló a nosotros por su hijo..., por quien también hizo el mundo»* (Heb. 1-2). El mismo Dios que habló a los judíos por los profetas en el Antiguo Testamento, es el mismo que habla ahora a todos, a ellos y a nosotros, porque ha querido hacerse hombre y habitar entre nosotros.

¿Cuál es el Mesías prometido al pueblo de Israel?

En el Antiguo Testamento antes de la venida de Jesucristo, se anunciaba un futuro Mesías, un enviado especialísimo de Dios que había de salvar a los hombres, y hay profecías que nos dan numerosos y minuciosos detalles de su vida, y por lo mismo lo que dicen los profetas siglos antes del Mesías se cumple en Jesucristo, el Jesús de Nazaret, y por consiguiente Él es el Mesías, y, como veremos, también es Dios, el cual

vino con el fin de salvar a todos, a judíos y gentiles.

Jesús de Nazaret vino a la tierra en tiempo en que era emperador de Roma César Augusto, y nació en el país donde vivía el pueblo de Dios, que entonces se llamaba Palestina, hoy Israel.

Jesucristo es la figura central de la Biblia y de la Historia. Las profecías del Antiguo Testamento convergen en Jesucristo y en Él se cumplen, y éste es un hecho ciertísimo. Basta comparar el Antiguo con el Nuevo Testamento. San Jerónimo, que vivió mucho tiempo en Belén, decía: Los judíos al leer el Antiguo Testamento, leen a Cristo, pero no lo entienden... y es que el A. T. no se puede comprender bien si no se lee juntamente con el Nuevo. Todo el Nuevo Testamento está oculto en el Antiguo, y el A. T. está patente en el Nuevo.

Bien podemos decir que de nadie se ha escrito su vida antes de nacer, nada más que de Jesucristo, pues su vida está ya contenida en las profecías del A. T., y por eso Él decía a los judíos: *«Investigad las Escrituras..., en ellas son las que están dado testimonio de Mi»* (Jn. 5,39). *«Conviene que se cumpla cuanto está escrito de Mi en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos»*. (Lc. 24,44).

Profecías mesiánicas y su cumplimiento en Jesucristo

Jesús es el Salvador que Dios había prometido a los Patriarcas: Abraham, Isaac y Jacob..., y Él es el Mesías que venían anunciando los profetas.

1) *En Gén. 12,2-3* vemos que Dios hace una promesa a Abraham, unos 2.000 años antes de Cristo, al decirle: *«EN TI serán benditas todas las naciones...»*, y luego en el N. T., en Gál. 3,16, refiriéndose al Génesis dice: *«EN TI, en uno de tus descendientes, que es Cristo serán benditas todas las naciones»*.

Jesucristo realmente desciende (según la carne) de la raza de Abraham, de la tribu de Judá y de la casa de David; las mismas turbas le aclamaban con este nombre: *«Jesús, hijo de David»* (Mt. 1,1-16; Mc. 11,9-10); ...y al decir Él a los judíos: *«¿Qué pensáis de Cristo? ¿de quién es hijo? Dijéronle: De David»* (Mt. 22,42-43).

2) *Su nacimiento. Miqueas,* 5,2 (profecía escrita unos siete siglos antes) dijo nacería el Mesías en Belén de Judá, y en Mt. 2,3-6, vemos que al preguntar Herodes dónde había de nacer, los príncipes de los sacerdotes y escribas contes-

taron: *«En Belén de Judá, pues así está escrito por el profeta».*

3) *En Isaías, 7,14,* (ocho siglos antes) dice que nacería de una madre virgen y llevaría el nombre de Emmanuel, y lo vemos cumplido en Mt. 1,22-23: *«Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por el profeta que dice: He aquí que una Virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel».*

4) *Zacarías,* (cinco siglos antes) dijo que Jesús entraría en un asnillo triunfalmente en Jerusalén, y esta profecía se cumplió el domingo de Ramos, pues así lo dice el evangelista: *«Esto sucedió para que se cumpliera lo dicho por el profeta»* (Mt. 21,4-5).

5) *También Isaías* (61,1-2) habló de la misión del Mesías, y luego Jesucristo en la sinagoga de Nazaret se aplicó a sí mismo la lectura de esta profecía en la que dice que ha sido enviado a predicar el Evangelio, dar vista a los ciegos, etc., y terminó diciéndole: *«Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír»* (Lc. 4,21).

También este profeta habla claramente de la pasión de Jesucristo en el cap. 53 y al leer la Pasión en el Evangelio, vemos su cumplimiento.

6) *En el Salmo (21,22-29)*, lo que dijo David mil años antes, lo vemos cumplido en Jesucristo, pues en Jn. 19,21 leemos: *«Para que se cumpliera la Escritura: se repartieron mis vestidos y echado suerte a mi túnica»...*

7) *Milagros del Mesías.* El mismo profeta Isaías dice: *«Viene el mismo Dios y os salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, los oídos de los sordos, etc»* (35,4-6). Y tales fueron los milagros de Jesucristo...

Más de veinte profecías del A. T. podríamos citar que se cumplen en Jesucristo, y bastan para comprender que Él no es un simple hombre, sino también Dios. Él dijo que ser Hijo de Dios y Dios verdadero como el Padre: *«Mi Padre y Yo somos uno»* (Jn. 10,30). *«Quien me ve a Mi, ve al Padre»* (Jn. 14,9). *«Este* (Jesucristo) *es el Dios verdadero»* (1 Jn. 5,20). Él lo demostró con innumerables milagros: dando vista a los ciegos, resucitando muertos, etc. Y su mayor milagro fue resucitarse a si mismo.

Bien pudo decir: *«Si no me creéis a Mi, creed a mis obras»,* a los milagros que estás viendo. Y para que creyeran en su misión divina, dijo al resucitar a Lázaro: *«Para que crean que Tu me has enviado»* (Jn. 11,42).

Jesucristo y los judíos

Jesús pasó unos treinta años de vida oculta en Nazaret, y después empezó su vida pública recorriendo todos los pueblos de Palestina, enseñando a sus paisanos, los judíos, la doctrina que tenían que practicar para salvarse, la que fue confirmando con innumerables milagros.

Como leemos en el Evangelio de San Mateo: *«Recorría toda la Galilea, enseñando en las sinagogas, predicando el Evangelio del reino y curando en el pueblo toda enfermedad y dolencia. Extendióse su fama por toda la Siria y traían a todos los que padecían algún mal, aquejados de diversas enfermedades y sufrimientos, endemoniados, lunáticos y paralíticos, y los curaba. Grandes muchedumbres le seguían de Galilea y de la Decápolis, y de Jerusalén y de Judea, y del otro lado del Jordán»* (4,23-25).

Un día de fiesta subió a Jerusalén y enseñando en el templo *«los judíos se admiraban, diciendo: ¿cómo éste no habiendo estudiado sabe letras? Jesús les respondió y dijo: Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado»* (Jn. 7,15-16)... Poco después empezó a tener encuentros con los judíos, y la causa era porque Él les iba

demostrando con palabras y con milagros, que era Dios, y esto no les cabía en la cabeza, y así un día después de curar a un enfermo en sábado, dice San Juan: *«Por eso los judíos buscaban con más ahínco matarle, pues no sólo quebrantaba el sábado, sino que decía que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios»* (5,18).

Recordemos dos de las curaciones de Jesús con las que les demostró que Él era Dios y dueño del sábado. Son actuaciones que no tienen réplica:

Un día estaba Jesús en Cafarnaum..., y también estaban allí sentados fariseos y doctores de la ley, que habían venido de todos los lugares de Galilea y de Judea y de Jerusalén... Estaban allí observándole, espiándole (Lc. 5,17 ss). Entonces llegaron unos, conduciendo a un paralítico..., y viendo Jesús la fe de aquellos hombres, dijo al paralítico: *«Hijo, tus pecados te son perdonados»*. Al oírle estas palabras aquellos fariseos, decían en su interior: *«Este blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados sino Dios?»*. Mas como Jesús penetrase al momento con su espíritu esto mismo que interiormente pensaban, díceles: *¿Qué andáis revolviendo esos pensamientos en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al pa-*

ralítico: Tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene poder en la tierra para perdonar pecados: Levántate (dijo al paralítico): *Toma tu camilla y vete a tu casa.* La conclusión no puede ser más evidente: Hizo el milagro. Luego Jesús tiene el poder de Dios, es Dios.

Otro día, que era sábado, Jesús enseñaba en la sinagoga. *«Había allí un hombre, cuya mano derecha estaba paralítica. Los doctores y fariseos preguntaban a Jesús: «¿Es lícito curar en sábado?» y estaban acechando a ver si curaba en sábado, a fin de tener pretexto para acusarle. Jesús penetraba sus pensamientos, y dijo al hombre de la mano paralítica: Levántate y ponte en medio. Aquel se levantó y se puso en medio.*

Díceles Jesús: Tengo que haceros una pregunta: ¿Es lícito en sábado hacer bien, o no; salvar una vida, o no? Y como autorizaban en día de sábado socorrer a un animal en peligro, volvió a confundirlos con otra pregunta: *«¿Quién hay entre vosotros que si tiene una oveja, y ésta se le cae en una oya, no le echa la mano para sacarla? ¿Es que un hombre no vale más que una oveja? Luego es lícito hacer bien en sábado.*

Contristado por aquella ceguera tan obstina-

da, el Salvador los envolvió en una mirada de indignación. Volvióse al enfermo, que permanecía en pie, y le ordenó: «*Extiende tu mano. La extendió él, y al punto quedó la mano sana como la otra.*

Abochornados y furiosos, los fariseos salieron de allí más irritados que nunca. Su odio los llevó a buscar un apoyo en los herodianos. Reunidos unos y otros en conferencia, combinaban planes para perder al Maestro...

En otra ocasión como insistiese Jesús en demostrarles que Él era Dios, «*los judíos trajeron piedras para apedrearle. Jesús les respondió: Muchas obras os he mostrado de parte de mi Padre: ¿por cuál de ellas me apedreáis? Respondiéronle los judíos: Por ninguna obra buena te apedreamos, sino por la blasfemia, porque tu siendo hombre, te haces Dios.*

Decís que blasfemo, porque digo: ¿Soy Hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre no me creáis; pero si las hago, ya que no me creéis a Mi, creed a las obras, para que sepáis y conozcáis que el Padre está en Mi y Yo en el Padre» (Jn. 10,31-30).

Después mandaron alguaciles para prenderle; mas al volver sin Él, los príncipes de los sa-

cerdotes les dijeron: *¿Por qué no lo habéis traído? Respondieron los alguaciles: Jamás hombre alguno habló como éste»* (Jn. 7,44-46).

Los renteros homicidas y la ruina de Jerusalén

El pueblo amaba y seguía aplaudiendo sin cesar a Jesús por sus admirables enseñanzas y por los milagros que hacía a favor de ellos; pero los fariseos y jefes religiosos de aquella época seguían implacables contra Jesús, aquel obrero de Nazaret que sin estudios aparecía como hombre extraordinario por los nobles ideales que abrigaba y por su maravilloso poder de hacer milagros y más porque los dejaba siempre confundidos al conocer lo que pensaban en su interior...

A estos, sus más encarnizados enemigos, les propuso esta parábola:

«Un hombre plantó una viña y la cercó; la dio en renta a unos labradores y se ausentó por mucho tiempo. A su debido tiempo envió un siervo a los labradores para que le entregaran la renta de la viña; pero los labradores, después de azotarle, le despidieron de vacío. Envió todavía

a otro siervo; mas ellos a éste, después de azotarle y ultrajarle, le despidieron también de vacío. Aún volvió a enviar a un tercero, al cual mataron y también a otros muchos, de los cuales a unos los azotaron y a otros los mataron.

Entonces el dueño de la viña dijo: ¿Qué haré? ¡Les enviaré a mi hijo muy amado! Quizá a este le respetarán. Pero al verle los labradores, dijéronse unos a otros. ¡Este es el heredero! Matémosle, para que la herencia sea nuestra. Lo arrojaron fuera de la viña y lo mataron.

¿Qué hará con ellos el dueño de la viña? Irá y acabará con ellos y dará la viña a otros. Al oírlo dijeron: ¡Jamás suceda así! Pero Jesús poniendo la vista en ellos, les dijo: Pues ¿no habéis leído esta Escritura?): «La piedra que rechazaron los que edificaban, esa vino a ser piedra angular. Esto ha sido obra del Señor, admirable a nuestros ojos» (Sal. 118,22).

Quisieron los escribas y los pontífices echarle mano en aquel momento; pero tuvieron miedo del pueblo, porque se dieron cuenta que contra ellos dijo esta parábola (Lc. 20,9 ss; Mc. 12,1-12).

Por entonces Jesús habló a la multitud y a sus discípulos, y les dijo: *«En la cátedra de Moisés*

se sentaron los escribas y fariseos. Practicad y guardad cuanto os digan; pero no los imitéis en sus obras, porque ellos dicen y no hacen». El discurso de Jesús al que pertenecen estas palabras es el más duro de todo el Evangelio y constituye una terrible denuncia contra los escribas y fariseos:

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que cerráis el Reino de los cielos ante los hombres porque ni entráis vosotros ni dejáis entrar a los que vienen! ¡Ay de vosotros que limpiáis lo exterior del vaso y del plato, y por dentro lo tenéis lleno de inmundicia! ¡Ay de vosotros, sepulcros blanqueados... hijos de los homicidas de los profetas, colmad la medida de vuestros padres... (Mt. 23).

«¡Jerusalén, Jerusalén!, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados. ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos como la gallina a sus polluelos y no quisiste! Mirad, vuestra casa quedará desierta...» (Lc. 23,37-38).

Jesús llora sobre Jerusalén y anuncia su ruina. En la ladera del monte de los Olivos puede verse hoy una pequeña capilla, llamada *«Dominus flevit» = «El Señor lloró».* Desde allí se domina la ciudad de Jerusalén y en sus días se podía

contemplar el soberbio edificio del templo, que era gloria y orgullo de Israel, el cual ofrecía un aspecto brillante y deslumbrador, de tal manera que por sus piedras blancas y láminas de oro arrancaba vivísimos destellos el sol de la tarde, que a veces hacía daño a la vista, como dice el historiador Flavio Josefo (y del cual dijo Jesucristo a sus apóstoles que no quedaría de él piedra sobre piedra).

Cuando Jesús derramó lágrimas sobre la ciudad, dijo: «*¡Oh, si tu conocieras en el día de hoy lo que había de darte la paz! Pero ahora está oculto a tus ojos, porque vendrán días sobre ti en que tus enemigos te cercarán con trincheras y te estrecharán y apretarán por todas partes, y te derribarán por tierra a ti y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo en que has sido visitada*» (Lc. 19,4 s).

«*Cuando veáis a Jerusalén cercada de ejércitos, conoceréis que llegó su desolación... ¡Gran calamidad vendrá sobre la tierra e ira grande contra este pueblo! Caerán a filo de espada y serán llevados cautivos entre todas las naciones*» (Lc. 21,20-24).

La profecía se cumplió el año 70 y por cierto

bien a la letra y tal como Jesucristo lo había profetizado.

Descripción de la toma de Jerusalén por Flavio Josefo

Este historiador judío, que fue testigo ocular de este triste acontecimiento, describió punto por punto (en sus siete libros sobre la guerra de los judíos) el cerco, el asalto y la devastación de la ciudad santa.

Dejando a un lado los hechos que precedieron a la toma e incendio de Jerusalén desde el año 66, diré que la primavera del año 70 se presentó el general Tito ante la ciudad y asentó allí sus reales. Después de haberla cercado estrechamente con trincheras y torres, empezó a sacudir con grandes arietes las murallas de Jerusalén, hasta que pudo penetrar en la parte baja de la ciudad. Después acometió la torre Antonia, situada al pie de la colina del templo, fortaleza que fue defendida heróicamente por muchos días.

Durante este tiempo se había apoderado de la ciudad el hambre con todos sus horrores. El sitio comenzó por el tiempo de la Pascua, precisamente cuando habían venido a la fiesta muchos

peregrinos, así que se hallaban en la ciudad más de un millón de hombres cuando fue cercada por el enemigo.

Los hambrientos buscaban por la noche hierbas y raíces en los campos contiguos a la ciudad, por lo que eran frecuentemente sorprendidos por los romanos, quienes los azotaban y crucificaban. Poco tiempo después, al lado del campamento de los romanos se veía como un bosque de cruces, para que los sitiados perdiesen toda esperanza de escape y se entregaran, Tito cercó toda la ciudad con una muralla, que tenía dos leguas de circunferencia.

El hambre se hizo tan terrible, que los hombres comían hasta las cosas más repugnantes, cueros viejos, heno podrido, estiércol de vaca, etc. ¡Una madre llegó a descuartizar y comer a su propio hijo! Al hambre se allegó una peste devastadora; en el transcurso de siete semanas, parte sacaron por las puertas de la ciudad, parte arrojaron por encima de las murallas unos 716.000 cadáveres.

Después de muchos asaltos fue tomada la torre Antonia; y empezó el ataque a la colina del templo. Como las arremetidas contra ésta fuesen inútiles, mandó Tito poner fuego a las puertas y